

ENTREVISTA

Amand Blanes

“El ciclo de vida cada vez está menos determinado por los aspectos biológicos y más por los sociales, con unas experiencias vitales menos lineales y más complejas”



Algunos aspectos relativos a la demografía y la fecundidad son objeto de debate permanente y casi cualquier ciudadano medio se siente inclinado a tener una opinión (y hasta a veces una solución) relativa a nuestros riesgos demográficos. ¿Cree que la sociedad española está razonablemente bien informada acerca de nuestra realidad demográfica? ¿Existen demasiados mitos y rumores o nuestra percepción general se compadece ajustadamente con la realidad?

La visión sobre los temas demográficos que se transmite a la sociedad se sintetiza en grandes cifras y en titulares más o menos llamativos, en los que tiende a transmitirse una imagen negativa sobre el futuro, acuñando conceptos como “invierno demográfico”. Las soluciones que se proponen a aquello que se considera un problema a veces se sustentan más en consideraciones de tipo ideológico que en el análisis de la realidad, tal como se constata en los debates políticos sobre la fecundidad o la familia. Otro ejemplo sería el uso, y abuso, de las proyecciones de población para argumentar o justificar un relato sobre la necesidad de adoptar medidas en ámbitos sensibles para la ciudadanía como los relacionados con el mercado de trabajo, la jubilación o las pensiones, entre otros. En cierto sentido, existe una tendencia a simplificar la realidad, por ejemplo, en relación con la edad de jubilación, tratando sólo los factores demográficos, pero sin considerar las transformaciones que se han producido y se producirán en la esfera de lo social y lo económico.

Uno de los datos más llamativos es la diferencia relativa entre hombres y mujeres con respecto a la esperanza de vida. Parece, pese a todo, que esta tendencia se está comenzando a revertir. ¿Por qué ellas viven más?

La explicación de los diferenciales de vida entre hombres y mujeres es compleja al interactuar una multiplicidad

de factores tanto de índole biológico y genético como del comportamiento y del entorno. Un grupo de causas de sobremortalidad masculina estarían relacionadas con hábitos y comportamientos (tabaquismo, consumo de alcohol...), que se ven acentuados por factores endógenos, y por diferencias de estrés social y/o psicológico. Otro grupo estaría relacionado con el efecto protector de las redes sociales sobre la salud, cuyo nivel e intensidad depende del *status* socioeconómico y del género, y de la diferente cultura de la salud que se reflejaría en una desigual utilización de los recursos del sistema sociosanitario.

En España, a partir de los años sesenta del siglo pasado se intensificaron las desigualdades de mortalidad entre sexos hasta alcanzar diferenciales máximos de vida media por encima de los 7 años a principios de los noventa. Ese periodo coincide con los años de mayor mortalidad por accidentes y SIDA entre la población joven masculina, por una reducción de la mortalidad cardiovascular más temprana en las mujeres y por una mayor incidencia de los tumores en los hombres. En los últimos años se ha producido un proceso de convergencia reduciéndose los diferenciales hasta los 5,5 años. A ello ha contribuido el control de los factores de riesgo de la sobremortalidad adulta-joven, la favorable evolución de la mortalidad cardiovascular en edades maduras en los hombres y el desigual comportamiento de algunos cánceres como el broncopulmonar que ha reducido su incidencia en los hombres y la ha incrementado en las mujeres. En la actualidad dos tercios de la diferencia de esperanza de vida al nacer entre hombres y mujeres se explican por la mayor supervivencia femenina a partir de los 65 años fruto de una menor mortalidad por tumores y enfermedades del aparato circulatorio.

Los expertos que estáis en la vanguardia de la investigación siempre maneáis datos sorprendentes que, sin embargo, son desconocidos para el gran público. ¿Cuál es el dato más sorprendente y menos evidente de nuestra realidad demográfica?

Resulta complejo destacar un dato o fenómeno concreto, ya que lo sorprendente es el abanico de cambios experimentados en España en un periodo relativamente corto de tiempo, y cómo la sociedad los ha asumido. En términos de dinámica destacan los avances en la longevidad, la persistencia de un modelo de baja y tardía fecundidad y la configuración de España como un país de inmigración, que ha roto con las visiones sobre el devenir demográfico imperantes a finales del siglo pasado cuando se estimaba que difícilmente se superarían los 42 millones de habitantes. Esas transformaciones también se han dado de forma acelerada en el ámbito de la familia y de las formas de convivencia tal como refleja el incremento de los nacimientos fuera del matrimonio, la

divorcialidad, la monoparentalidad, las parejas reconstruidas, entre otros. Si tuviera que decantarme por algún tema de creciente interés de cara al futuro mencionaría la eclosión de la población nonagenaria y centenaria en los países occidentales. Las cifras son elocuentes: la mayor supervivencia a edades más avanzadas de generaciones más numerosas desemboca, de mantenerse las previsiones del INE, en un incremento en las próximas cinco décadas del 363% en la población de 90 y más años residente en España, con unos efectivos próximos a los 2,4 millones de personas en 2068.

Si tuviera que decantarme por algún tema de creciente interés de cara al futuro mencionaría la eclosión de la población nonagenaria y centenaria en los países occidentales

Los datos relativos al envejecimiento en España arrojan una pirámide demográfica que para muchos induce a la preocupación en aspectos relacionados con el mercado de trabajo o las pensiones.

En relación con el mercado de trabajo, el acceso de cohortes poco numerosas fruto de la caída de la natalidad genera preocupación sobre el reemplazo de la población en edad activa y su capacidad para hacer frente a una recuperación del mercado de trabajo. En España, y a diferencia de otros países europeos, el efecto del factor demográfico puede ser compensado a corto y medio plazo por un incremento del empleo, reduciendo el desempleo e incrementando la participación laboral de las mujeres y de los jóvenes, aproximando la edad real a la edad legal de jubilación... A más largo plazo es cuando dejan sentir su efecto los factores de índole demográfica, ya que incluso en supuestos muy favorables de alta participación laboral la cifra de ocupados se reduciría a menos que se produjesen significativos flujos de inmigración del extranjero. En este sentido, la clave radica en la capacidad de la economía de generar puestos de trabajo incrementando la participación laboral de la población y favoreciendo la llegada de población, lo que permitiría amortiguar el aumento en las ratios de dependencia demográfica.

¿Cuáles son las claves de la evolución de la fecundidad en España?

La fecundidad en España se sitúa en un nivel que cabe considerar como de bajo o muy bajo en comparación con

el resto de países europeos. La cuestión radica en constatar si se produce una brecha entre preferencias de fecundidad y fecundidad real, ya que reflejaría la presencia o no de barreras para materializar los deseos reproductivos. En España, como en otros países europeos, la preferencia por los dos hijos está muy generalizada, mientras que la descendencia de las generaciones se sitúa por debajo de 1,5 hijos, de tal manera que 1 de cada 4 mujeres de 40 y más años manifiesta haber tenido menos hijos de los deseados.

Entre los factores que explican esa brecha destaca el retraso de la edad a la maternidad, próxima a los 31 años para el primer hijo, y como corolario el aumento de la infertilidad involuntaria por razones biológicas.

Esa postergación está relacionada con la consolidación de las expectativas individuales, las formativas y de acceso al mercado laboral, y posteriormente por las de convivencia y constitución de la familia. Esas expectativas se habrían aplazado en el tiempo por factores relacionados con la búsqueda y consolidación del trabajo, la temporalidad del empleo, la dificultad de acceder a la primera vivienda... Un dato que revela el retraso en la emancipación en España es el porcentaje de jóvenes de 25 a 29 años que aún conviven con sus padres, entorno del 48%, que se contraponen al 20% de Alemania, al 15% de Francia o al 11% de Suecia. Otro aspecto clave es la ausencia de una recuperación significativa de la fecundidad pasados los 30 años, ya que la propensión a tener un segundo o un tercer hijo se sitúa por debajo de la observada en muchos países de Europa. En esta evolución tendrían relevancia aspectos de conciliación de la vida familiar y laboral, y en este sentido las medidas más eficientes serían las relacionadas con los permisos de maternidad/paternidad, la flexibilidad laboral y corresponsabilidad familiar, la oferta de servicios públicos a la infancia...

Los movimientos migratorios son otro agente decisivo en la demografía de cualquier comunidad. De nuevo, este es un terreno donde abundan los tópicos y las lecturas rotundas e inmediatas.

Los avances en la longevidad y los bajos niveles de fecundidad comportan que a corto y medio plazo el crecimiento de la población requiera de la aportación de población vía migración. Ese panorama es común a la mayoría de los países europeos, tal como se desprende de las proyecciones de Eurostat que prevén pérdidas de población en el medio y largo plazo en todos los estados de la UE si no se producen migraciones, con la salvedad de Francia, Reino Unido y Suecia. Esos flujos pueden modular el perfil de la pirámide, especialmente en su base, pero difícilmente revestirán tal intensidad y selección por edad que permitan modificar de forma substancial tendencias ligadas a la inercia que presentan las estructuras demográficas, como la sucesión de generaciones con importantes diferenciales numéricos.

En este sentido, podríamos preguntarnos qué hubiese sucedido con la población española de no haberse producido la inmigración del extranjero de este siglo. Sin migraciones la población sería hoy en día de unos 40,6 millones de habitantes, es decir unos 6 millones menos de personas. No obstante, la estructura relativa no difiere tanto sin o con migraciones, en el primer caso los menores de 20 años serían el 18,9% y los mayores de 64 años el 20,8% de la población, en el segundo el 19,8 y el 19,2% respectivamente. Además, esa migración no se adecua al concepto de "migración de reemplazo", al



producirse en un periodo caracterizado por la presencia de importantes contingentes de población en edades adultas, sino a una migración de cariz complementaria destinada a satisfacer determinados nichos del mercado de trabajo formal e informal. Ese flujo de inmigración, si bien ha contribuido a rejuvenecer la base de la pirámide -bien de forma directa aportando población o bien de forma indirecta vía natalidad-, ha amplificado al mismo tiempo contingentes de cohortes de por sí ya numerosas, repercutiendo por tanto sobre el aumento de las cifras de mayores en el medio y en el largo plazo. A menudo se olvida la obviedad de que los migrantes también envejecen.

Usted es un experto en cuestiones relativas a la demografía y la discapacidad. ¿En qué modo se relaciona la discapacidad con la tasa de envejecimiento de nuestro país? ¿Qué sucederá con la atención a las personas mayores?

Un aspecto clave de los avances en la longevidad es la calidad de los años de vida ganados a la muerte, o en otras palabras si las mejoras en la supervivencia han ido o no acompañadas de una disminución de la morbilidad y la discapacidad. Si la respuesta es afirmativa una parte de los efectos del aumento de los efectivos de mayores se ven compensados por la mejoría, o como mínimo el no deterioro, de sus condiciones de salud; si la respuesta es negativa las consecuencias del envejecimiento demográfico se acentúan al combinarse más población en edades avanzadas y más años de vida en discapacidad o enfermedad.

De cara al futuro, incluso en un escenario de reducción de la prevalencia de la discapacidad, se asistirá a un aumento en la demanda de provisión de cuidados y de atención a la dependencia debido al incremento de los efectivos más mayores. En España la institucionalización de la población dependiente, a pesar de su aumento en los últimos años, es inferior a la de países del centro y norte de Europa, al tiempo que la familia desempeña un papel básico en el cuidado informal de los mayores. La red familiar ha sido clave a la hora de afrontar la vejez en nuestro país, pero las transformaciones demográficas, sociales y económicas cuestionan su viabilidad. El descenso de la fecundidad, el aumento de parejas sin hijos y los cambios en las formas de convivencia constreñirán las redes familiares, tanto horizontales como verticales, y su capacidad para asumir el cuidado de los mayores. Además, las transformaciones sociales asociadas a la actividad económica, como la mayor participación laboral de las mujeres o la prolongación de la vida laboral, también pondrán en entredicho un sistema de cuidados con aportación relevante de la familia, bien de forma exclusiva bien complementaria del cuidado formal. En este sentido, rediseñar

el sistema de atención a la dependencia se configura como uno de los principales retos a los que se enfrenta la sociedad española.

No querríamos terminar esta entrevista sin alentar una cierta esperanza a nuestros lectores. ¿Cuál es el dato más optimista de nuestra demografía?

Permitame que no responda con un dato o aspecto concreto, sino con una reflexión general que trasciende el plano demográfico y que apela al cambio generacional y social. Uno de los aspectos que genera mayor preocupación es el envejecimiento de la población, ya que las proyecciones más recientes prevén que a mediados de siglo uno de cada tres españoles tendrá 65 o más años. No obstante, hay que relativizar la magnitud de esas cifras y sus repercusiones. En primer lugar, hay que replantearse los conceptos y categorías que segmentan la vida de los

Rediseñar el sistema de atención a la dependencia se configura como uno de los principales retos a los que se enfrenta la sociedad española

individuos en criterios de edad inamovibles, ya que en un contexto de avances en longevidad y salud la edad 65 no refleja la misma realidad hoy que en el pasado, ni lo hará en el futuro. El ciclo de vida cada vez está menos determinado por los aspectos biológicos y más por los sociales, con unas experiencias vitales menos lineales y más complejas. En segundo lugar, las proyecciones se refieren a las edades de los individuos, pero difícilmente integran sus ciclos de vida. Las características de la vejez del mañana no serán las mismas que las del presente, sobre todo en un país como España en el que se produce una fuerte ruptura en el ciclo vital de las generaciones nacidas en la primera y segunda mitad del siglo XX, especialmente en las mujeres. Un ejemplo ilustrativo por su relevancia son los niveles educativos: según el Censo de 2011 el 11% de los hombres de 65 y más años y el 5% de las mujeres tenía estudios superiores, mientras que a mediados de siglo alcanzará el 23 y el 29% fruto del reemplazo generacional. Finalmente, la esfera social y económica tampoco permanecerá inalterable en un contexto de cambios en los modos de vida y en las pautas culturales, en una sociedad de la información y de la revolución tecnológica, en una economía más interdependiente y terciarizada.